

se encuentra en la raza central, y dice que los diplomáticos occidentales deben acostumbrarse á considerar á aquellos pueblos como del mismo origen y con los mismos derechos. Añade que es tanto más indispensable, cuanto que ahora los europeos necesitan mucho más á los pueblos del Asia oriental de lo que éstos nos necesitan á nosotros. Syrski encuentra en el labrador chino más inteligencia que en el europeo; dice que especialmente los cultivadores de la seda saben explicar mejor sus procedimientos que nuestros europeos. Cooper opina de los mercaderes de Setchuán que muchas de sus buenas prendas no se pueden desarrollar por efecto de ciertas circunstancias desfavorables, pero que desde luego se reconoce que no son tan sólo perspicaces y buenos especuladores, sino también probos en sus tratos y hasta generosos, de manera que se granjean las voluntades con su confianza, induciendo á que se observe con ellos igual procedimiento é inspirando respeto. El diplomático inglés Oliphant los encomia por su cordura, su actividad y sus variados conocimientos en la agricultura, la industria y el comercio, hasta el punto de compararlos con la raza anglo-sajona. Se puede citar también como modelo la instrucción popular en los tres imperios asiáticos orientales. Quien haya observado al campesino japonés no habrá dejado de admirar su afición á las lecturas populares y poemas heroicos, y al juego de ajedrez, y su inteligente observación de los fenómenos naturales. Hay en ellos una actividad espiritual que difícilmente se encuentra en Europa en el pueblo del campo.

Si estos asiáticos orientales poseen un sano juicio, si tampoco les falta buena imaginación, si no aborrecen lo nuevo, como está probado por la historia antigua de los chinos y la contemporánea de los japoneses y coreanos, en las cuales se ve que no resisten á soportar sacrificios y trabajos para introducir útiles novedades, ¿qué les falta para avanzar por el camino seguido por los occidentales? No puede ser carencia de esfuerzos, sino más bien error en la aplicación de los mismos.

Peschel dice acerca de este asunto: «Hemos admirado entre los chinos un sinnúmero de invenciones, de las que nos hemos aprovechado, pero ni una sola teoría, ni una mira más profunda en las relaciones y las causas próximas de los fenómenos.» Esta observación tiene el mérito de ser perfectamente verdadera. Los chinos nunca han penetrado el sentido de la ciencia desde los tiempos de los antiguos griegos. Observan la naturaleza en sus menores detalles, pero estas observaciones no les sirven para corregir falsas ideas. Están apegados á sus tradiciones y nunca se cansan de repetir las fábulas que leen en sus libros. La desaparición, tan fácil de explicar, de ciertas aves en invierno, les ha dado motivo para inventar todo género de fábulas maravillosas. Las codornices se transforman en otoño en topos, y vuelven á ser codornices al volver la primavera, en cual estación los azores se convierten en palomas y vuelven á su primera forma en el verano. Del propio modo en otoño varios pajaritos se transforman en mariscos, y los faisanes se tornan en invierno conchas de Venus. Para ellos los cuerpos son meras apariencias, el mundo una pompa de jabón. Los límites que determinan para las mil transformaciones que imaginan, prueban cuán arraigadas están semejantes creencias: «Es ridículo decir que las codornices se transforman en topos y los granos de arroz en carpas: sólo está probado que los ratones se convierten en codornices; esto se refiere en todos los periódicos, y así lo he observado yo mismo.»

Un antiguo libro, que data de más de 4.000 años y trata de las propiedades de las plantas para curar las enfer-

midades, es aun hoy día la base de todos los conocimientos en esta materia. Los chinos pretenden que el autor probó, en un día y en su propia persona, setenta venenos. Luego se indicaron 365 remedios, uno por cada día, pues existen 365 influencias del cielo sobre los seres mortales. Estos remedios llegaron más tarde á varios millares. El chino desconoce la anatomía.

Sin embargo, en muchas obras de artistas asiáticos orientales, admírase una fiel imitación de la naturaleza.

Por ejemplo, es magnífica un águila marítima que hay en el museo de Kensington, con las plumas erizadas; en esa escultura no faltan ni las menuditas plumas de los ángulos del pico. Este trabajo es del siglo XVI y es obra del célebre Migochín Muncharu. Hay allí también una tortuga, trabajo de cerámica, que sale del agua goteando, y es de labor tan perfecta que engaña. En el arte decorativo abundan las azucenas marinas, las tortugas, las grullas, las ranas, los lagartos, todos imitados con pulcritud y naturalidad, luego cañas y hojas de bambú, y halcones, que adornan las tapas de los calderos. Los adornos preferidos son la combinación de tortugas, grullas y rosas marinas.

Los asiáticos orientales muestran gran afición á la belleza de la naturaleza en el arte, la literatura y el cultivo de los jardines. Los templos están rodeados de jardines donde la naturaleza y el arte compiten á porfía y llenan de admiración á los visitantes.

El japonés posee el sentido de lo bello en alto grado, suele fabricar el campesino su cabaña á orillas de un arroyo, coloca oportunamente algunas piedras, y llega así á formar una pequeña cascada, pues le gusta el ruido del agua. Enlaza algunas ramas de los cedros vecinos, separa unas, dobla otras por medio de una tablilla, sobre su cascada, y de este modo hace que les presten sombra. A poca distancia planta un albaricoquero. La familia se llena de júbilo al ver las primeras flores. Es antigua costumbre japonesa derramar flores sobre las tumbas.

El arte está íntimamente enlazado con la vida, y los juegos de colores son la diversión predilecta en todos los círculos. El traje japonés es de colores muy varios, y toda escena de la vida popular está animada con mil colores, en oposición á China, cuyo pueblo observa la mayor uniformidad en las prendas de vestir. Pero la facultad de invención parece haber muerto en la pintura japonesa. ¿Cuántos períodos de decadencia ha habido en Europa? También en la arquitectura del Asia oriental predomina el elemento pintoresco. La madera es el material preferido, y pulida, dorada, y revestida de porcelana, produce vistosos efectos. Empléase con preferencia en la decoración de los templos budhistas. Allí domina lo grotesco; la ejecución técnica es esmerada; el delicado sentido de la naturaleza y la imaginación tropiezan en su desarrollo con las exigencias de la teogonía india. Pero también en las formas del budhismo se demuestra la afición á las bellezas naturales que prevalecen en los japoneses. Dedicaron á la diosa del mar y de la armonía unos pequeños templos, erigidos sobre islas artificiales, en medio de vastos estanques. Rodean los templos de paisajes pintorescos, que inspiran graves meditaciones sobre la vanidad de las cosas humanas y una tranquila calma. En Nikko hay templos célebres, de los cuales los japoneses dicen: «No hables de cosas sublimes antes de haber visto Nikko.» Están rodeados de bosques de cedros y por unas avenidas cubiertas se pasa de un santuario á otro. Pagodas, casas de oración, pozos sagrados, capillas, gabinetes para encerrar el tesoro, están esparcidos por el sagrado bosque. En las regiones montuosas se encuentra una multitud de templos rodeados de cipreses, co-

locados en medio de un cerco de murallas, provistas de torres: presentan una vida pintoresca, destacándose de las peñas desnudas.

CAPITULO V

CHINOS

«La China es para sí misma un mundo.»

CARLOS RITTER

Traje.—Adornos.—Los pies pequeños.—Actividad económica.—Agricultura.—Propiedades.—Cria del ganado.—Alimentación.—Arroz.—Opio.—Ciudades y aldeas.—Caminos de tráfico.—Estado floreciente antiguo y decadencia actual.—Canal imperial.—Red de caminos.—Navegación fluvial y marítima.—Industria.—Estancamiento y atraso.—Jornales.—Asociaciones obreras.—Actividad comercial y colonización.

El aspecto general de los chinos, de Sud á Norte, es muy uniforme, y aun las diferencias de clase no se distinguen tanto como en otras partes, en el vestido ó en los adornos. El traje general consiste en calzones muy anchos y blusa, ambos de algodón azul, y á veces encima de esta una chaqueta de tela negra más gruesa. Se calcula que un hombre de la clase media necesita dos trajes de algodón al año, lo que representa á lo más un gasto de doce á trece pesetas. Los vestidos de lana, cuya tela llega de Rusia é Inglaterra, en cantidades que van en aumento, se introducen lentamente, pues en un principio sólo los llevaban las personas acomodadas. El pueblo bajo, durante el invierno, que no deja de ser riguroso en el Sud, se abriga con otras prendas de algodón ó blusas acolchadas, y en el Norte con pieles de oveja. Los ricos llevan pieles preciosas de Siberia, que cien años atrás se vendían ya mucho en la China. En las provincias productoras de seda, queda una enorme cantidad de este producto, y el día de año nuevo y otros festivos la mitad de la población de una ciudad como Ching-tufu sale vestida de seda. Ha perdido, sin embargo, algo de su valor la máxima del emperador Kanghi: «Tu primer cuidado debe ser la agricultura y el cultivo del moral, para que tengas alimento y trajes.» Los ricos, en lugar de la blusa de algodón azul, llevan una especie de bata muy larga, sujeta por un cinturón, del cual cuelgan la bolsa, la petaca y cosas semejantes. Las mangas, que son muy largas, cubren las manos y reemplazan á los bolsillos. Los varones chinos llevaban el cabello suelto hasta el año 1644, en el cual los mandchúes atribuyeron al uso de la trenza y de llevar la parte anterior de la cabeza afeitada el sentido emblemático de los verdaderos chinos. Desde entonces es muy mal visto el carecer de trenza y el cabello suelto es señal de rebelión contra el poder constituido. A cada nueva conquista se hicieron tentativas para eximirse de la obligación de llevar trenza, impuesta á los pueblos sometidos, y más de una vez se ha logrado esta exención por medio de grandes cantidades de dinero. Hasta la edad madura los varones no deben dejarse crecer la barba, y esta es la causa de que en la China sea tan provechoso el oficio de barbero. Los mismos trabajadores sacrifican algunos *sapeques* para afeitarse lo menos cada ocho días. Los chinos del Norte llevan la trenza corta, lo propio que muchos nómadas del Asia interior; los del Sud, al contrario, la llevan larga y gruesa en lo posible, entrelazando en ella al efecto crines de caballo y cintas. Mucho más variado es el tocado de las mujeres, las cuales han conservado ciertas originalidades de sus provincias. En el Sud, las solteras se cortan el cabello formando sobre la frente una línea oblicua. Las casadas lo recogen todo formando un moño en la coronilla; en otras partes lo arreglan á los dos lados de la cabeza á manera de

alas. El adorno general consiste en alfileres, perlas, flores naturales y artificiales. En el Sud, el hombre del pueblo casi siempre lleva la cabeza descubierta sin que le hagan el menor daño los ardientes rayos del sol de verano. A lo más coloca en la trenza un abanico que se mueve automáticamente al andar. Los sencillos gorros negros de los chinos del Norte son una parte del traje nacional que distingue también á los que habitan en la Mogolia. Las personas principales, especialmente los mandarines, nunca se presentan descubiertas: llevan unos sombreros finos de paja y bambú, forrados de seda, con flecos colgantes; en el verano gorros de fieltro ó de paño con los bordes vueltos hacia arriba ricamente bordados; en el invierno gorros de pieles. Desde el establecimiento de la dinastía mandchú, ostentan en el sombrero los signos de su dignidad, que consisten en botones, en el orden siguiente: coral, vidrio azul celeste, lapislázuli, cristal, cristal blanco, oro ó dorado. El traje de los mandarines chinos lo han adoptado hace mucho tiempo los empleados del Tibet y de la India posterior del Norte; en Kiangtung se usa la magnífica bata de pieles de marta cibelina, propia de los consejeros íntimos chinos. Las mujeres llevan mucho colorete y son tan exageradas en sus afeites como en la manía de achicarse los pies. En la China del Norte las ancianas y las niñas pequeñas son las únicas que no se pintan. Para ponerse el colorete, se dan primero en el rostro una mano de color blanco, y luego se hacen en las mejillas manchas ovales de color de rosa.

La costumbre de impedir el crecimiento de los pies es enteramente china. Ya tenga por objeto tan bárbara práctica el obligar á las mujeres á no salir de casa ó el aumentar artificialmente su gordura, la tradición dice que procede de una emperatriz que tenía unos pies diminutos. A los cinco años vendan los pies de las niñas de manera que los dedos pequeños se doblan hacia adentro y el pulgar hacia afuera, y se impide el desarrollo de los talones. En las clases elevadas continúa este martirio hasta que la niña se ve obligada á andar como en zancos y no puede salir de casa sino en una silla de manos ó llevada á cuestras por una criada. Las mujeres de las clases pobres no están sujetas á tal exigencia, y aun en algunos puntos del imperio se va aboliendo en las damas de la buena sociedad, lo que indica que también las chinas empiezan á admitir las costumbres del Occidente, libertándose de las preocupaciones de la China antigua.

Los chinos no pecan de aseados. El japonés se baña á menudo, pero esto no significa limpieza para las clases pobres, pues se bañan en un tonel estrecho, que mide un metro de alto, y la misma agua sirve para muchas personas. Los asiáticos orientales no suelen respirar un aire muy puro ni en suficiente cantidad, debido principalmente á la especial construcción de sus viviendas. Las enfermedades de la piel y de los ojos son extraordinariamente frecuentes, y hasta en las partes septentrionales, por ejemplo en las cercanías de Pekín, hay extensos territorios malsanos.

Los chinos son especialmente un pueblo agricultor. Con frecuencia se ha hablado del honor que tributan el emperador en Pekín y sus representantes en las provincias á la agricultura; los principales sabios y hombres de Estado la han ensalzado por ser el recurso principal de una nación, y muchas personas de talento se han ocupado detenidamente en perfeccionarla. Su importancia se demuestra más claramente todavía en el hecho de que la China produce casi todo el alimento de su colosal población y que además inunda los mercados de todas las naciones de enormes cantidades de seda y te, lo que coloca á la Europa en un es-